

señan; pero ante el éxito del valencienno no pudo resistir al deseo de sacar un pañuelo.

— Tenian tambien este pañuelo..... *aplicacion* de Brusélas, querida. ¡Oh, una ganga, veinte francos!

El saco pareció inagotable á partir de aquel momento. Enrojecia de placer la dama, con el pudor de la mujer que se desnuda, á cada nuevo artículo que salia. Una corbata de blonda española en treinta francos. No la queria tomar; pero la juró el dependiente que era la última y que iban á subirse; un velito de chantilly: un poco caro, cincuenta francos; pero ella hacia cualquier cosa por su hija.

— Los encajes son preciosos — repetia con su risa nerviosa; — cuando estoy dentro compraria el almacen.

— ¿Y esto? — la preguntó la de Bovés examinando un retal de *guipur*.

— Es un entredos; tiene veintiseis metros. Á franco el metro, ya veis.....

— ¿Qué diablos vais á hacer? — dijo sorprendida la señora Bourdelais.

— Á fe mia, no lo sé..... Pero tiene un dibujo tan mono.....

Entónces levantó la cabeza y apercibió el aterrado rostro de su marido. Habia palidecido aún más, y todo su semblante tenía la angustia resignada del infeliz que asiste al derrumbamiento de su sueldo, penosamente ganado. Cada nuevo trozo de encaje era un desastre, amargos dias de enseñanza devorados, el esfuerzo continuo de su vida disolviéndose en un hogar necesitado. Ante el azoramiento de su mirada quiso ella esconder el pañuelo, el velito, la corbata, pasando por cima sus manos febriles y repitiendo con risas forzadas:

— Vais á hacer que me riña mi marido..... Te aseguro, amigo mio, que he sido aún juiciosa, porque habia una puntilla de quinientos francos..... ¡maravillosa!

— ¿Por qué no la comprasteis? — dijo tranquilamente la señora de Guibal; — Marty es el más galante de los hombres.

El profesor tuvo que inclinarse, diciendo que su mujer era dueña de sí. Pero ante el peligro que suponía aquella puntilla, le corrió frio por la espalda, y como Mouret afirmase que los nuevos almacenes aumentarían el bienestar de la clase media, le miró de un modo terrible, con la mirada del débil que odia al fuerte.

Entre tanto aquellas señoras seguían desdoblado las piezas de encaje, curiosas y admiradas de la finura del tejido.

Y asediaban á Mouret cada vez más, y lo atolondraban con nuevas preguntas. Como iba oscureciendo, cada vez tenía que inclinar más la cabeza, rozar casi con su barba los cabellos de ellas, para examinar un dibujo ó indicar una cualidad de la tela. Pero aún en aquella vaga voluptuosidad del crepúsculo, aún en medio de aquel perfume embriagador de sus escotes, permanecía siendo dueño de ellas por el entusiasmo que afectaba. Parecía mujer, y ellas sentíanse penetradas y poseídas por aquel conocimiento delicado que tenía de su manera de ser, y seducidas, se abandonaban; mientras que él, seguro de tenerlas á merced suya, aparecía brutalmente amo, como el rey despótico de la fábula.

— ¡Oh señor Mouret, señor Mouret! — baluceaban voces misteriosas y enardecidas en medio de las tinieblas del salon.

Los últimos reflejos del dia iban apagándose en los adornos de metal del mobiliario. Solamente las telas nuevas conservaban un reflejo de nieve sobre las oscuras faldas de aquellas señoras, que parecían algo así como devotas arrodilladas en derredor del joven. Todavía advertíase cierta claridad al lado de la tetera, claridad vaga é indecisa como la luz de una mariposa ardiendo en una alcoba impregnada por el perfume del té.

Pero de repente el criado entró con dos lámparas, y el encanto desapareció en seguida. El salon estaba claro y alegre.

La señora Marty guardaba sus compras en el fondo del saco de mano; la señora de Bovés chupaba todavía un bombon, mientras que Enriqueta, que se habia levantado, charlaba á media voz con el Baron en el hueco de una ventana.

— Es encantador — dijo el Baron.

— ¿Verdad que sí? — contestó ella á su pesar, con una involuntaria exclamacion de mujer enamorada.

Él sonrió, mirándola con paternal indulgencia. Era la primera vez que la veía entusiasmada hasta aquel punto; y con harta nobleza de carácter para disgustarse por ello, sentíase sólo compadecido viéndola entre las garras de aquel mozo tan tierno y tan perfectamente frio. Creyó deber darle la voz de alerta, y murmuró en tono de broma:

— ¡Cuidado, hija mia, porque se os comerá á todas!

Un rayo de celos brilló en los hermosos ojos de Enriqueta. Quizá comprendía que Mouret no habia hecho más que servirse

de ella para entrar en relaciones con el Baron; pero jurábase á sí misma volverlo loco, por lo mismo que su amor de hombre atareado tenía el facilísimo encanto de una cancion lanzada á los cuatro vientos.

— ¡Oh!— respondió afectando bromear á su vez;— el cordero acaba siempre por comerse al lobo.

Entónces el Baron, muy divertido, la animó con un movimiento de aprobacion.

Acaso fuera ella la mujer destinada á vengar á las demas.

Cuando Mouret, despues de haber recordado á Vallagnosc que queria enseñarle la máquina, se acercó para despedirse, el Baron lo retuvo en el hueco de la ventana que caía al jardin, invadido en aquel momento por la oscuridad de la noche. Al fin cedía á la seducción; habia tenido fe al verlo en medio de aquellas mujeres. Conversaron un momento en voz baja, y despues el banquero añadió:

— Bueno, examinaré el negocio.... y es cosa hecha, si vuestra venta del lunes reviste la importancia que decís.

Diéronse las manos, y Mouret, muy satisfecho, se marchó, porque no podia comer bien la noche que no echaba una ojeada á la nota de ingreso de *La Dicha de las Damas*.

IV

Aquel lunes, 10 de Octubre, un sol esplendoroso de triunfo rompió las densas nubes cargadas de lluvia que desde hacía una semana entrístecian á Paris.

La noche ántes todavía habia estado cayendo sin cesar un agua menudita, la humedad de la cual tenia enfangadas las calles; pero desde muy temprano aquella mañana el aire habia secado las aceras, y luégo el cielo azul adquirió la alegre diaphanidad que tiene en los dias de primavera.

Por eso, desde las ocho de la mañana *La Dicha de las Damas*, alumbrado por los rayos de aquel hermoso sol, lucía en sus magníficos escaparates su brillante coleccion de novedades de invierno. En la puerta flotaban banderas, piezas de lana de varios dibujos agitábanse al aire fresco de la mañana, animando la plaza Caillou que por aquel lado tenia el aspecto de una feria; miéntras que en una y otra calle á las que hacía esquina exhibía en los escaparates sus magnificas instalaciones, cuyos brillantes colores se avivaban más por efecto de la limpieza extraordinaria de sus cristales de gran tamaño. Aquello era un derroche de color, la alegría de la calle y un gran mercado abierto á todo el mundo para recrear la vista.

Pero á hora tan temprana entraba poca gente; algun que otro cliente muy ocupado durante el dia y alguna que otra vecina deseosa de evitar el jaleo y la aglomeracion de gente de por la tarde. Tras de las piezas de tela que lo empavesaban veíase el almacén vacío; los dependientes esperando arma al brazo á los parroquianos, con sus pisos de madera brillantes como espejos á fuerza de encerarlos y con sus mostradores atestados de mercancia. Los transeuntes atareados de por la mañana dirigian apénas alguna que otra mirada á los escaparates sin acortar el paso. En la esquina de la calle Nueve-Saint-Augustin y la plaza Caillou, donde los coches de-